



# Antonio Soler

## El nombre que ahora digo



ANTONIO SOLER

# El nombre que ahora digo

Galaxia Gutenberg

También disponible en eBook

Publicado por  
Galaxia Gutenberg, S.L.  
Av. Diagonal, 361, 2.º 1.ª  
08037-Barcelona  
info@galaxiagutenberg.com  
www.galaxiagutenberg.com

Primera edición: febrero de 2020

© Antonio Soler Marcos, 1999, 2020

© Galaxia Gutenberg, S.L., 2020

Preimpresión: María García  
Impresión y encuadernación: Sagrafic  
Depósito legal: B 728-2020  
ISBN: 978-84-17971-48-9

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede realizarse con la autorización de sus titulares, aparte de las excepciones previstas por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear fragmentos de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 45)

*Para María Eugenia,  
todo el tiempo y la vida de esta novela*

A los muertos de antes les ponían un pañuelo por la cabeza como si tuviesen paperas, como si la muerte fuese una enfermedad o un dolor de muelas que se les iba a aliviar con aquel trapo. Los he visto en fotografías. Siempre estaban muy serios y tumbados boca arriba. Casi todos tenían un ojo entornado, pero no miraban a ninguna parte. Miraban para dentro de ellos mismos, de reajo. Se les veía llenos de paciencia, esperando sin esperar el trámite del enterramiento para dejar de hacer el ridículo con el pañuelo y las paperas. Durante la guerra era distinto. Había tantos muertos que no daba tiempo de atarles pañuelos y cada uno, cada muerto, iba como podía. Había más muertos que pañuelos. Tirados por los suelos, colgando de los balcones, debajo de las mesas, sentados en el butacón donde les había caído la metralla o asomando una mano entre los escombros, diciendo adiós a la vida y a los vivos que luego iban a ser muertos. Había tantos que daba igual que estuvieran con la boca abierta, despeinados o con la cabeza torcida, o sin cabeza. No había lugar para el ridículo ni la vergüenza. La vergüenza vino después, cuando los muertos ya no estaban, cuando la tierra los había consumido y ya no eran más que memoria, cuento en boca de los vivos. Un muerto es un recuerdo, pero entonces, en la guerra, era un paisaje, un atardecer que le salía a

los recodos de los caminos aunque fuese media mañana, una flor, un arbusto abandonado y sin regar que crecía en cualquier parte y le daba sombra a las esquinas y a las calles.

*He perdido mi patria*, dejó escrito Gustavo Sintora en el inicio de uno de sus cuadernos. Pero cuando escribió esas palabras, Sintora no se refería a ningún país, a ningún ejército ni tampoco a ninguna bandera. Su verdadera patria fue una mujer. Lo dejó dicho, escrito en esos cuadernos de letra menuda y fragmentos sin orden que Sintora entregó a mi padre y que finalmente acabaron por llegar a mis manos. A través de ellos he recompuesto aquella historia que sucedió muchos años antes de que yo naciera, y a través de ella he conocido realmente a esos hombres que tantas veces vi a lo largo de mi infancia. Entonces no eran más que nombres, rostros detrás de los que apenas había nada. Ahora sé quiénes fueron aquellos hombres que combatieron en una guerra lejana.

Mi padre estaba entre ellos, formó parte de aquel extraño destacamento que cruzó la guerra llevando de un lado a otro artistas y saltimbanquis. Ahora sé cuáles fueron los anhelos y los miedos de esa gente, pero sobre todo conozco lo que se ocultaba detrás de la mirada de Gustavo Sintora, aquel tipo insignificante y con gafas destartaladas que pasó por mi infancia sin que yo apenas reparase en él. Quizá en aquel tiempo en el que yo lo veía, callado, minucioso, amable, todavía estuviese escribiendo algunos fragmentos de esos cuadernos. Quizá al-

guna vez, cuando se encontraba con la mirada perdida por los arriates del patio, recordase a Serena Vergara, y a la par que veía los árboles de otro tiempo bajo los que se refugiaba con Serena también veía la oscuridad de la tierra y a Corrons, su pecho puesto en el punto de mira de su fusil, Montoya herido en la escalera del Marqués, el coche del Textil volando por los cielos, los hilos de esa historia que empezó una tarde remota, cuando, después de atravesar medio país huyendo de la guerra, Gustavo Sintora llegó a un hangar en el que había camiones, coches a medio desguazar y unos vehículos cubiertos de lonas y de los que sólo se veían las ruedas. En el primero de los cuadernos dice que llevaba el nombre de mi padre escrito en un trozo de papel manchado y lleno de dobleces: cabo Soler Vera.

El hangar estaba en penumbra y Sintora, delgado como habría de ser siempre pero sin las gafas que yo le conocí y que le aumentaban los ojos como si viviera inmerso en un asombro permanente, caminaba sin apenas atreverse a pisar el suelo, viendo cómo los objetos y los camiones se le hacían borrosos a medida que se iba acercando a ellos. Demasiado joven, dubitativo. *Tenía miedo de las telas, dice su letra pequeña y apretada, yo tenía miedo de los camiones y de aquellas ruedas que asomaban debajo de los trapos, algunas con dientes negros. Tenía muchos miedos, miedo de los pasos que dejaba atrás y de los que me quedaban por andar. Miedo del silencio y miedo del aire. El aire podía ser una voz que dijera mi nombre como quien nombra a un muerto. Miedo del nombre que llevaba escrito en el papel, de aquel lugar extraño, de aquellas voces que venían del fondo del hangar.*

—Dices tú que no. ¿Arte? Cosa de maricones. Gitano. Mira, mira qué forma de bailar.



La voz llegaba de detrás de un camión, con un eco acolchado.

—Mira tú.

Era la misma voz, y nadie le respondía.

—Por muchos toros que maten, estos tíos van a ser siempre unos mariconasos.

Sintora, al rodear el camión, alumbrado por los faros de otro vehículo, vio a un hombre alto, vestido de modo estrafalario con chaqueta y calzón de torero y dando un capotazo lento, toreando el aire muy despacio.

—Mira, mira. Y luego se mueven así, como si tuvieran un palo metido por el santo culo.

Sintora avanzó un poco más y vio a los dos hombres a los que les estaba hablando el que iba vestido de torero. Uno gordo y con la cara congestionada, como si estuviera haciendo un esfuerzo que nadie sabía cuál era, y el otro delgado, con una gorra de plato torcida en la cabeza y con los labios estirados por una sonrisa que no acababa de asomarle a la boca. Era mi padre, el cabo Soler Vera, que llevaba un chaquetón de cuero desabrochado y entre los dedos jugueteaba con un cigarro sin encender.

El cabo, mi padre, pasó la vista por Sintora, pero fue como si no lo hubiera visto, porque lo que hizo a continuación fue dirigirse al que toreaba el aire para decirle que ya era tarde. Tenían que irse.

—Y luego se colocan esto en la cabeza —seguía hablando el del capote, poniéndose una montera—. Se les pone cara de hospital, mira, con la cosa esta. Mira tú —y se ponía de perfil, como si posara para un fotógrafo o él mismo fuese ya una fotografía, una fotografía antigua y despintada que llevaba muchos años colgada en la pared de una casa en la que ya nadie sabía quién era el hombre de la foto. Eso le dijo mi padre: Montoya, le dijo, tienes cara de retrato antiguo, de esos que hay en

casa del Marqués y que ni él mismo tiene idea de quiénes son. Y tú, qué buscas, niño, siguió diciendo mi padre con el mismo tono, pero no dirigiéndose ya al que iba vestido de torero y que se llamaba Montoya, sino a Gustavo Sintora, que dudó, miró para atrás y no supo si mi padre le hablaba a él.

Sintora avanzó, entró en el haz de luz y, levantando el papel que llevaba en la mano, sin leerlo, dijo que buscaba al cabo Soler Vera. Lo mandaba el teniente Villegas. Y se quedó con el papel en el aire, como un mendigo, viendo cómo el tipo vestido de torero lo miraba con extrañeza, cómo mi padre no lo miraba y cómo una nueva figura, un hombre con el pelo negro y un flequillo lacio y en forma de hacha, un tajo negro partiéndole la frente, salía de la sombra y lo miraba con la negrura de sus ojos, manchándolo de betún con la mirada.

—¿A ti no te parecen maricones los toreros, niño? Maricones o moñas, sarasas. Cagalís o como los mentéis en tu pueblo. ¿Ponerse esto no es de maricones? Mira.

Se señalaba Enrique Montoya, el torero del viento, la entrepierna, el apretamiento que allí tenía. Pero a Sintora poco le importaba aquel traje sucio, rosa y oro, en el que apenas cabía medio cuerpo del furtivo matador, ni las botas medio reventadas en las que tenía metidos los pies o la camisa militar que llevaba bajo la chaquetilla de los bordados, abierta y a punto de estallar.

—Di, niño, ¿qué te parece?

—Yo busco al cabo Soler Vera —miraba dudoso Sintora el papel y el galón raquítico de mi padre, que él veía borroso y que tenía un color demasiado oscuro, casi marrón.

—Lo que nos hacía falta era un niño de pañales. Se piensan que el destacamento de Villegas es el coño de la Charito. La última mierda.

El que hablaba era el hombre que venía de la oscuridad, el del flequillo negro. Tenía los ojos igual de negros que el flequillo, y las manos, y las puntas de las uñas. Los labios también tenían un tinte de carbón, oscuros y muy perfilados, y parecía que la voz también fuese negra y le dejase un rastro de alquitrán en la boca. Era Ansaura, el Gitano, que no se sabía si era o no gitano pero al que todos llamaban Ansaura, el Gitano, y que, primero en un camión, luego a lomos de un mulo y al final cargada sobre sus propios hombros, habría de llevar por tierras empantanadas, por trincheras y pueblos devastados, una máquina de coser al lado de la cual acabarían fusilándolo mientras él pensaba en su mujer y murmuraba su nombre, Amalia, Amalia, Amalia Monedero. Pero eso fue mucho tiempo después, cuando Sintora ya había conocido a Serena Vergara y le había perdido el miedo a aquel hombre que entonces hablaba de las debilidades del teniente Villegas y de cómo todo lo que no valía para otra cosa era enviado a ese destacamento, el coño de la Charito.

Mi padre se puso el cigarro en la boca, prendió un encendedor que tenía una llama medio verde y, después de echar el primer humo despacio, mirando al suelo empezó a andar hacia un camión destartado y de morro chato a la par que hablaba, tranquilo, con la voz baja de quienes tienen una autoridad que está más allá de los galones:

—Venga, niño, que te vamos a enseñar la guerra. Guárdate el papel y sube al camión. Tú, Montoya, quítate el traje, que se lo tiene que poner uno al que mañana va a coger el toro. Doblas. Ansaura, el camión de la Doce.

Y todos, después de quedarse un instante mirando cómo andaba mi padre, mirando sus propias sombras alargadas entre los camiones y las lonas que cubrían los

vehículos, se pusieron en marcha. Doblas, al que mi padre le había dado una palmada en el hombro y que era el de la cara congestionada, fue el primero en moverse, sombra lenta de mi padre, respirando, sin ser viejo, como respira un perro o un oso viejo.

—Y tú, Ansaura, ya tendrías que saberlo.

—¿Lo qué? —miró indignado Ansaura, el Gitano, al cabo.

—¿Lo qué? Que la guerra entera es el coño de la Charito.

Y aquellos hombres, uno negro, otro vestido de torero y cojeando por la angostura del traje, uno que resoplaba con el ruido de un mamífero viejo y mi padre, que era cabo y se llamaba Soler Vera, subieron a aquellos camiones que tenían unas letras, UHP, pintadas en las puertas. Los motores de los camiones y los camiones enteros empezaron a temblar, y sus ruedas, que no estaban llenas de dientes, comenzaron a dar vueltas. Y Gustavo Sintora iba con ellos.

*La guerra era un laberinto de mujeres vestidas de negro, de perros perdidos y niños que jugaban a la guerra, de niños que jugaban a los muertos, a ser muertos como su vecino al que le había caído un cascote de metralla mientras tomaba una sopa con restos de patatas y anguila o pagel o rodaballo, un pez que asomaba su raspa entre el caldo naranja, un estanque tintado de pimentón o sangre. Un pez que no nadaba, que miraba con su ojo muerto los ojos muertos del vecino, el trozo gris de metralla del que goteaba una sangre espesa y oscura, lenta, vaga, aburrida la sangre de tanta guerra, de tanto fluir por cabezas, pechos y espaldas, cansada de salpicar paredes, mesas, árboles, adoquines y tapias. La guerra era una soledad con bombas, voces y banderas, una soledad de niños y de muertos. De ojos, de peces sin vida. Un relámpago que estallaba dentro de mi cabeza. La guerra era yo.*

Gustavo Sintora, quizá vislumbrando aquello que tiempo después escribiría, viajaba en el camión que conducía mi padre, apretado entre Doblás y la puerta contra la que lo apretaba su respiración sonora y profunda. De reojo, miraba Sintora los ojos de huevo del ayudante de mi padre y los terrenos destruidos que iban atravesando, tapias con carteles y troneras, descampados, paisajes sin árboles. Nadie hablaba y a nadie parecía im-

portarle Gustavo Sintora ni de qué modo había llegado a Madrid. No era más que una brizna de paja flotando en el torrente alocado de la guerra. Así se había visto a sí mismo en la carretera de Almería, su familia llevada por el río de la gente y las tropas que se batían en retirada, huyendo de Málaga. Muebles, lebrillos, un piano, animales, colchones, niños y soldados viajando a paso lento en las cajas abarrotadas de los camiones. Baúles des-  
tripados, sillas y muertos por la carretera.

Sintora se perdió de su familia en medio de un bombardeo. Los proyectiles venían del mar, de un barco diminuto y gris que apuntaba sus cañones hacia la costa mientras que del cielo bajaban los aviones acariciando las copas de los árboles, rozándolos para ametrallar soldados, mujeres, lámparas, mulos, muertos y camiones. *Todo ardía o parecía que iba a arder, todo me decía que al instante siguiente ya no iba a estar allí, nada iba a estar, ni el fuego, ni el tiempo, ni yo, ni siquiera mi esqueleto. Yo era una bocanada de viento que corría entre las ramas de los matorrales que me arañaban sin dolor. Yo era el viento y yo vi la cara de un hombre que me miraba con los ojos muy abiertos y oí que alguien o algo me hablaba y decía soy la muerte, eres la muerte, y todo era una lámina, la vida era un papel que alguien estaba a punto de echar en medio de una hoguera,* escribió Sintora.

Cuando los aviones se fueron, Sintora buscó entre los grupos que se arremolinaban alrededor de la carretera. Buscaba a su familia, a la hermana pequeña que al empezar el ataque llevaba de la mano. Decía el nombre de la niña como si estuviera dentro de un sueño, lo murmuraba y luego lo gritaba y lo volvía a susurrar. Y así fue carretera adelante. Caminó no se sabe cuántos días, hasta que un amanecer, quizá en la provincia de Murcia, llegó a un campamento ruso en el que unos soldados le dieron

de comer y entre palabras y risas que Gustavo Sintora no entendía acabaron adoptándolo como corneta. Estuvo más de dos meses con aquellos hombres. Pasaba el día por los campos, viendo despegar aviones, ensayando con su trompeta el modo de despertar por las mañanas a aquellos aviadores que venían de Rusia y que en verdad parecía que tuviesen los ojos llenos de nieve. Un hielo que a veces quemaba.

*Y además de esos rusos había otros que decían que también eran rusos pero que tenían cara de esquimales y comían una cosa que olía a pescado crudo, una masa que echaba peste y que siempre me la querían dar de comer, y se reían al ver mi asco y me daban vodka. Hacían fuego y té. Me enseñaban algunas palabras, sabiendo que yo no los entendía, pero me seguían hablando y me abrazaban, borrachos, me daban palmadas en la cara y me decían mi nombre mal dicho, Guesteva. Leían cartas con unas letras que parecían números. Cantaban, se reían con voces muy altas, como si quisieran que los escuchasen en Rusia. Y una mañana, cuando me levanté para tocar la trompeta vi que ya todo el mundo estaba de pie y los barracones vacíos y todos, con los intérpretes corriendo de un lado para otro, iban por la pista de aterrizaje, arrastrando macutos y armas. Ya nadie se reía, y por primera vez parecían soldados. Hacían el ruido que hacen los soldados, un sonido de metal y cuero. Detrás de un barracón vi a dos muertos, uno llamado Vania y otro Maslobóyev y que al morir se había quedado con una sonrisa muy dulce en la cara, como si acabase de recibir una de aquellas cartas que venían de Siberia y tenían el perfume de una de las mujeres de las que ellos hablaban y a las que yo imaginaba con la piel también nevada y el color de un río pálido en los ojos. Cereza en los labios. Pero no era una carta, sino una bala lo que había recibi-*

*do, o dos. Y de la cabeza de los muertos Vania y Maslobóyev salía un río que no era el río que las mujeres rusas debían de tener en los ojos, sino un pequeño surco rojo que serpeaba en la tierra y que todavía avanzaba lento, arrastrando tierra y briznas de paja. Y un oficial al que yo había visto por las noches beber y cantar con ellos, con Vania y Maslobóyev, se alejaba del barracón, enfundando la pistola con la que los acababa de matar y dando órdenes a unos soldados que plegaban una lona con miradas de miedo. La traición, le dijo a Sintora uno de los intérpretes, la patria.*

Y cuando la luz del día ya despuntaba empezaron a despegar los aviones y a desaparecer con su zumbido ronco de aparatos averiados por entre unas nubes que, al igual que los ojos de los rusos, también amenazaban con descargar nieve, sólo que esta, de haber caído, habría sido una nieve sucia, manchados de barro los copos antes de tocar el suelo. Gustavo Sintora se quedó en la orilla de la pista, mirando los barracones vacíos en los que nunca parecía haber vivido nadie. Y cuando ya ni siquiera se oía el eco de los aviones, se puso a tocar la trompeta al lado del ruso que se llamaba Vania y del ruso que se llamaba Maslobóyev por ver si al oír la trompeta se levantaban como habían hecho días atrás. O quizá tocaba para despertarse él mismo del sueño de la guerra.

Nadie despertó. Sólo las ramas de los árboles se estremecieron, desnudas. Dejó atrás el campamento abandonado, llegó a un pueblo en cuya entrada había un espantapájaros con sotana y un muerto desnudo que debía de ser el cura dueño de la sotana, colgando ambos del arco de una muralla, enganchado cada cual por un garfio que al espantapájaros le entraba por la joroba de paja y al cura por la boca de sangre. Había revuelo de militares. Metieron a Sintora en un camión con



vacas y soldados y lo llevaron a Madrid, al destacamento del teniente Villegas.

Estuvo dos días sentado delante de la oficina cerrada del teniente. Los soldados y milicianos que por allí pasaban, unos con fusiles y uniformes, otros heridos y con vendajes marrones, lo miraban extrañados y algunos le decían con sorna que el teniente andaba con Salomé Quesada, que estaba estudiándole la coreografía a la cantante.

Se encontraba allí, durmiendo en medio del pasillo, cuando notó que la puerta de Villegas se abría y que, pasando por encima de él, alguien entraba en la oficina. Abrió los ojos y vio a un hombre alto, con gorra de plato bajo el brazo, bigote fino y una fusta de cuero usado aliñando el primer uniforme impecable que Gustavo Sintora veía en toda la guerra. Cuando el oficial ya estaba a punto de cerrar la puerta, Sintora le cogió el pantalón y le dijo que estaba esperando al teniente Villegas, si era él, Si es usted, mi teniente, le preguntó. Tiró el oficial con suavidad para soltar el pellizco que el otro todavía le tenía cogido y, alisándose la tela, calibrando una posible arruga que no se había producido, le hizo un gesto con la cabeza, ordenándole con la frente recién peinada que entrase.

Las paredes del despacho estaban cubiertas de carteles y fotos de toreros y artistas. *Había el retrato de un novillero con un pañuelo al cuello, un pañuelo que por el gris oscuro de la foto, debía de ser rojo. El novillero se llamaba Rafalito Ballesteros y, según rezaba en el pasquín en el que estaba inserto su retrato, había toreado nueve novillos en una tarde, en el frente de Guadalajara. Tenía un garabato al pie de la fotografía, una firma y el nombre de Villegas, una especie de dedicatoria con una letra que parecía la letra de los rusos. Había dos enanos*

*equilibristas andando por un alambre, unos hombres con turbantes y túnicas a las que se les notaban los remiendos, un mago con capa blanca subido a lomos de un caballo también blanco. El cantante Miguel de Molina retratado de perfil, con la mirada mística y un sombrero cordobés que en la foto parecía de plata, o, mejor, de aluminio, un tipo muy delgado con un punzón atravesándole la cara de un lado a otro, medio sonriéndose a pesar del punzón y el hambre que se le adivinaba en los ojos más que en la abundancia de costillas y huesos del pecho. Al lado del faquir, que según decía el pie de la foto se llamaba Ramírez, estaba el retrato de una mujer luciendo un casquete del que salían unas plumas blancas y que sólo iba vestida con un corsé de piedras brillantes. Tenía las cejas negras y casi corridas y yo supe que esa era la Salomé Quesada que me había tenido dos días en el pasillo, durmiendo en el suelo y comiéndome mi hambre.*

Y mientras Gustavo Sintora, todavía atolondrado, miraba todos aquellos retratos y carteles, el teniente Villegas, sentado detrás de su escritorio, miraba los documentos que tenía encima de la mesa, olvidado de la existencia de Sintora. Y sólo al cabo de unos minutos, alzó la vista para preguntar:

—¿Así que tú te llamas? Siéntate —miró otro documento—. Los Faraones antifascistas, cuadro flamenco y zambra gitana. Si no tienes en qué entretenerte, los días que quieras te vienes por aquí y miras estos papeles. ¿No te parece?

—Sí, mi teniente —dijo Sintora sin saber a qué estaba respondiendo—. Sintora, mi teniente.

—Y tú tendrás hambre, viniendo de donde vienes, que tiene que ser lejos. Por la pinta que traes. Y el olor —tenía los ojos serenos, Villegas, jugaba nervioso con los dedos en la mesa. Tamborileaba sin sonido.